

Ante el obispo: una muralla de papel y de incienso

Lorenzo Milani*

Barbiana, 8 de agosto de 1959

Querido Nicola:

La opinión pública atribuye a los católicos de derechas el extraño privilegio de hacerlos aparecer como quienes viajan seguros, firmemente agarrados a la roca de la Iglesia. Y a vosotros, en cambio, como los de zona peligrosa, al borde del precipicio.

Las cosas no son así de sencillas. La senda que conduce a la Verdad es estrecha y tiene precipicios por ambos lados. Existen herejías de izquierdas y herejías de derechas. El hecho de que algún cardenal importante tienda hacia las herejías de derechas no concede a éstas licencia de ortodoxia.

La crítica a los cardenales y a los obispos es lícita; digamos ahora que es un deber: un preciso deber de piedad filial. Y hasta un noble deber, precisamente porque cumplirlo cuesta caro.

Criticaremos a nuestros obispos porque queremos su bien, esto es. que se hagan mejores, más informados, más serios, más humildes. Ningún obispo puede vanagloriarse de no tener nada que aprender. Tiene necesidad de ello como todos nosotros. Tal vez más que nosotros por la mayor responsabilidad que lleva y por el aislamiento a que le obliga el mismo cargo. Y no es ninguna soberbia querer enseñar al obispo, porque todos trataremos de hablarle de aquellas

** Pedagogo y párroco de Barbiana, Italia (1923-1967)*

cosas de que tenemos experiencia directa y él no. El último párroco de montaña conoce su propio pueblo y el obispo ese pueblo no lo conoce. El último zagal de pastor podría aportar datos sobre la condición obrera como para estremecer no ya a un obispo, sino a diez. El último lego de la Certosa (cartujo florentina) puede tener más relación con Dios que el ocupadísimo obispo. Y, a su vez, el obispo tiene un campo en el que puede tratarnos a todos como a escolares. El Sacramento que lleva y los que puede dar. En este campo no podemos presentarnos a él más que de rodillas. En todos los demás nos presentaremos de pie. Alguna vez hasta sentados y en cátedras más altas que la suya. Aquellas en que Dios nos ha puesto a nosotros y no a él. El último de nosotros tiene al menos una de esas cátedras y al obispo ante él como un colegial.

¿Hemos intentado alguna vez hablarles francamente, como hablaríamos a un hijo nuestro cogido en falta? Pues no, hay que confesarlo, ninguno de nosotros se ha preocupado de educar a su obispo. Y si tantos obispos se hacen así, como los conocemos, sabidillos,

soberbios, ignorantes, "niños mimados", ¿cómo vamos a desearles mal quienes no hemos hecho nada por tenderles una mano y devolverles al mundo actual, a la humildad cristiana y a una justa jerarquía de valores? ¿Y esta forma suya de ser no es para la Iglesia un mal mucho mayor que cuanto pueda serlo la poca turbación que causaría la crítica en algunos espíritus débiles? ¿Qué es preferible, mantener en alto el pedestal con la ilusión de cubrir como se pueda la vaciedad de los obispos, o derribar el pedestal y obtener mediante un poco de crítica obispos capaces de no decir tonterías y resplandecientes además de esa humildad que es virtud cristiana y, por tanto, no desdice en absoluto de un obispo?

Somos todos iguales. Yo también lo hago nueve de cada diez veces. No te dan ganas de decir al obispo lo que se piensa. Es más cómodo tratarle con los dorados guantes mentirosos de siempre, que nos permiten a él y a nosotros vivir sin disgustos. Y mientras, él crece, madura, envejece sin crecer ni madurar ni envejecer.

Pasa por el mundo sin tocarlo. Ni lo bastante alto para ser iluminado por el cielo. Ni lo bastante bajo como para ensuciarse el traje o aprender algo. Co-

mete errores pueriles, entiende de todo, juzga la historia, la política, la economía, las luchas sindicales, el pueblo, con la beatífica inconsciencia de un niño, con la inocente presunción de un general de la armada o de un campesino de montaña. De hecho, es como el general de la armada o como el labrador de la sierra, un hombre al que nadie da clases. Un infeliz. Y aún más infeliz por el hecho de que, mientras tanto, han abierto un poco los ojos los laicos católicos. Ellos no estaban protegidos de los mordiscos de la historia por una muralla de incienso.

¡Qué trágico e injusto es que el Pastor se haya quedado detrás de las ovejas! ¿Cómo no vamos a reaccionar ante este hecho absurdo? ¿El respeto? Callar no es respeto. Es encogerse de hombros después de haber visto infelices que no saben vivir, gente en el mar que i no sabe nadar. Desinteresarse del prójimo es egoísmo. Desinteresarse de la educación de los hermanos que tienen en su mano tanta parte en el bien de la Iglesia, ies desinteresarse de la Iglesia! Es mejor ser irrespetuosos que indiferentes ante un hecho tan serio

A un prisionero hay que ayudarle y librarle y tanto más si el prisionero es nuestro padre. Si no rasgamos el muro de papel y disipamos la muralla de incienso, Dios no le pedirá cuentas a él sino a nosotros. Nos tocará responder de un secuestro de persona. Después de todo lo que hemos padecido en este mundo nos encontraremos en el Otro cornudos y apaleados.

Lorenzo Milani

Esta carta fue escrita para el semanario de la izquierda católica florentina, pero no le fue publicada sino después de su muerte en L'Espresso 19.5.1968. Publicamos un fragmento de ella